

MARIO ESCOBAR

Misión Verne I



EL CLUB VERNE

Lectulandia

¿Por qué interesaron los papeles de Julio Verne a los nazis?

El capitán Klaus Berg fue movilizado tras declararse la Segunda Guerra Mundial. A pesar de tener un destino cómodo en París, Klaus echa de menos su vida como profesor de literatura francesa en Hamburgo. Odia al régimen nazi, que ha destruido gran parte del legado literario de Alemania, pero cuando encuentra a un antiguo alumno llamado Hans, miembro de las SS, y este le comenta el proyecto en el que está involucrado, todo cambia en su vida.

Tras ser invitado por Himmler a una sesión del secreto Club Verne, el dirigente nazi le informará de que entre los papeles de Julio Verne en su casa de Amiens, puede encontrarse el verdadero manuscrito de Arne Saknussemm, utilizado por el escritor francés para escribir su famoso libro Viaje al Centro de la Tierra. Himmler, practicante de la ariosofía, cree que existe realmente el Rey del Mundo, según describe el mito de Agharta y el Shambhala. Klaus tendrá que viajar a Amiens con su alumno Hans Miller.

Mientras, los servicios secretos británicos descubren el plan de Himmler y mandan a dos espías, para hacerse con el manuscrito. El profesor Arthur Macfarland, profesor de literatura en Oxford y amigo de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien, ambos pertenecientes al Club de los Inklings, será el elegido por el servicio secreto para hacerse con el manuscrito. Su ayudante, la señorita Agatha Drew, es una experta en escritura rúnica, con la que mantiene una difícil relación, le ayudará a interpretar las runas que se encuentren en su misión.

¿Descubrirán toda la verdad sobre el libro más misterioso de Julio Verne?

Lectulandia

Mario Escobar

El club Verne

Misión Verne - 1

ePub r1.2

XcUiDi 20.10.15

Título original: *El club Verne*

Mario Escobar, 2013

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: kekon04, lucaslobo

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

«No necesitamos continentes nuevos, sino personas nuevas».

JULES VERNE

«Todo lo que una persona puede imaginar, otros pueden hacerlo realidad».

JULES VERNE

«El lector de ciencia ficción pilla las ideas por anticipado, y espera más información, y tiene una actitud diferente hacia lo que lee. Sabes que el mundo va a desplegarse delante de ti, y esperas a conocer las reglas. Un académico dice inmediatamente: ¿Qué quiere decir con dos lunas?. ¿Qué simboliza esto?. ¿Está el personaje loco?. Porque la realidad, para el académico, no se cuestiona. Busca la metáfora. Y trata de leer metafóricamente lo que en la ciencia ficción se presenta literalmente. La ciencia ficción sigue llena de metáforas, pero se presenta alegóricamente, con objetivos en la historia, no solo en el estilo o la forma de escribir el autor».

ORSON SCOTT CARD

PRÓLOGO

La famosa librería *Shakespeare and Company* era uno de los pocos sitios de París en los que aún se respiraba algo de libertad. Klaus estaba paseando aquella grisácea mañana del invierno de 1941, cuando se encontró de frente con la librería en la Rue de l'Odéon. Había escuchado todas las leyendas que circulaban acerca de aquel mítico lugar y de la no menos mítica propietaria, Sylvia Beach. Aquella mujer era mucho más que una simple librera, su pequeña editorial había publicado por primera vez una obra magistral de *El Ulises* de James Joyce. Un libro prohibido en Alemania por considerarse una de las obras degeneradas de la cultura occidental. El cartel negro sobre un gran fondo de madera marrón no destacaba mucho, como si la librera prefiriera pasar desapercibida, pero todos los amantes de la buena literatura conocían aquel lugar. Sylvia había sido amiga de Ernest Hemmingway, Ezra Pound, F. Scott Fitzgerald, Sherwood Anderson y James Joyce, pero Klaus imaginaba que Sylvia era consciente de que corrían malos tiempos para la literatura.

Klaus Berg había sido profesor de literatura francesa en la Universidad de Hamburgo hasta que la nazificación de la educación le sacó de las aulas, para convertirle en un simple profesor de clases particulares de francés. La desgracia se había cernido sobre él desde aquella fatídica noche del 6 de abril de 1933, que se había grabado a fuego en su mente. No podía evitar recordarlo cada vez que veía una librería. Los libros apilados en grandes montañas, los estudiantes arrojando a las llamas todo el conocimiento de la civilización mientras cantaban viejas canciones ancestrales que hablaban sobre la raza y la nación.

El oficial de las Wehrmacht apartó de su mente aquellos recuerdos e intentó volver a disfrutar de aquella mañana templada y gris parisina. Klaus se puso a ojear las mesas de libros de la calle. Sus ojos saltaban de un título a otro, como un desesperado náufrago que había llegado de nuevo a casa tras un largo viaje. Apenas media docena de transeúntes perdían su tiempo mirando los lomos gastados de aquellos viejos libros cuando Klaus notó la presencia de otro oficial alemán. Aquel hombre imponía con su largo abrigo de cuero negro. Su uniforme de las SS amedrentó al resto de lectores, que dejaron discretamente las mesas y se alejaron de la librería. Klaus intentó concentrarse en su búsqueda, pero a él también le asustaban los hombres de negro. Cuervos de mal agüero los llamaba su padre, cuando los veía desfilar por la calles de Hamburgo.

Sylvia salió de la librería y se puso a reordenar las mesas, cuando el oficial de las SS se le acercó y con un fuerte acento alemán le dijo:

—*Frau Beach*, estoy buscando la famosa obra de Joyce *Finnegans Wake*.

La librera frunció el ceño y su nariz aguileña se arrugó en una desagradable mueca. El oficial, que hasta ese momento se mostraba sonriente, tornó su rostro en un horrible rictus de desprecio, que no pasó desapercibido a la mujer.

—¿Para qué quiere una obra como esa? ¿Necesita algo para encender la

chimenea, *herr* oficial? —preguntó Sylvia muy seria.

El hombre se acercó a la mujer y señalándola con el dedo le amenazó:

—¡Maldita cerda comunista, amiga de judíos! —gritó, mientras sus ojos grises comenzaban a centellear.

—Entráis en París con vuestras sucias botas manchadas de sangre, paseáis por los bulevares como turistas despistados, pero sois los mismos bárbaros que destruisteis el Imperio Romano. Hordas de salvajes incapaces de apreciar la belleza o el arte. No venderé un libro a ningún sucio oficial del ridículo Adolf Hitler —dijo Sylvia totalmente fuera de sí.

El oficial de las SS sacó su pistola *Luger* y apuntó a la cabeza de la mujer, pero esta no se inmutó. Le miró desafiante con un libro en la mano, mientras su flequillo le tapaba en parte los ojos. Klaus se acercó despacio hasta el hombre. Sabía que no era buena idea inmiscuirse en la discusión de un oficial de las SS, pero no podía quedarse de brazos cruzados.

—*Herr* oficial, no dispare —dijo Klaus alargando su brazo.

El hombre se giró por un momento, su rostro estaba amoratado por la rabia y no tardó en lanzar a su compañero de armas una mirada de desprecio. De repente el gesto del oficial de las SS cambió por completo y dijo en alta voz:

—Klaus, viejo zorro. ¿Qué haces tan lejos de Hamburgo?

El oficial guardó la pistola y se acercó a su viejo compañero para darle un abrazo.

—Hans, no esperaba encontrarte después de tantos años en París —dijo Klaus al reconocer a su viejo alumno.

Sylvia aprovechó el encuentro para escabullirse, pero Hans miró por el rabillo del ojo a la librería y girándose de nuevo, le indicó que se quedara quieta.

—Olvídate de ella —le pidió Klaus—, es solo una librería.

—¿Una librería? Esta maldita bruja es la editora de todos esos escritores degenerados. No entiendo qué hace abierto todavía este maldito antro —comentó Hans.

—Antes disfrutabas con esos libros —le contestó Klaus.

—Antes todos estábamos ciegos, pero ahora no podemos consentir que una maldita yanqui, medio judía y comunista, siga vendiendo este veneno a la juventud. Le estaba preguntando por el libro de ese degenerado irlandés, pero muy astutamente no ha querido vendérmelo. Pero me da igual, no necesito una excusa para clausurar la librería y enviarla a ella a un campo de reeducación —dijo Hans con una sonrisa en los labios.

—Soy ciudadana norteamericana —dijo Sylvia—, no puede cerrar este local sin incurrir en un incidente con mi embajada.

Hans empujó una de las mesas de libros y todos los volúmenes se desparramaron por el húmedo suelo empedrado. Las famosas obras de Julio Verne, Víctor Hugo, Voltaire, Dumas, Moliere, Flaubert, Henry James, James Joyce y otros muchos autores comenzaron a mojarse cuando la mañana gris dejó lugar a un fuerte aguacero.

Klaus tuvo la tentación de agacharse y recoger los volúmenes, pero se quedó quieto. Hans observó desafiante a la mujer, que después de unos segundos, se lanzó al suelo para recoger los libros.

—Deja que hagan el trabajo sucio tus hombres. Nosotros tomaremos una buena cerveza por los viejos tiempos —dijo Klaus, tomando del brazo a su amigo.

—*Frau Beach*, su librería queda clausurada y usted declarada persona *non grata*. Tiene cuarenta y ocho horas para abandonar el país —dijo Hans mientras se abrochaba su largo abrigo negro.

Los dos oficiales alemanes se alejaron a grandes zancadas de la librería y se refugiaron en una cervecería cercana. Mientras Klaus se quitaba la gorra y colgaba el abrigo en el perchero junto a la mesa, no dejaba de observar como al otro lado de la calle Sylvia se afanaba por recoger los libros mientras la lluvia le calaba los huesos. El profesor apenas pudo aguantar el nudo en la garganta e intentó disimular delante de su viejo amigo.

—Estimado Klaus, esto es un golpe del destino —comentó Hans con una amplia sonrisa.

En la cervecería reinaba un silencio molesto. Muchos de los parroquianos habían abandonado el local discretamente y los pocos que permanecían al resguardo de la lluvia, apenas se atrevían a susurrar entre ellos, mientras los dos oficiales hablaban en alemán en alta voz.

—¿Por qué dices eso Hans?

—No estoy en París de turismo. Soy el enviado especial de Himmler para recuperar obras de cierto valor literario. Ya me entiendes. Estos malditos franchutes no tienen derecho a reservar para ellos un legado que es universal. Justo en este momento estoy buscando ciertas novelas de Julio Verne, algunas se encuentran en la *Bibliothèque nationale de France*, pero otras están en la vieja casa de Jules Verne en Amiens.

—Una misión muy interesante, pero no entiendo porque consideras nuestro encuentro un golpe del destino —dijo Klaus.

—Eres el mayor especialista en Jules Verne de Alemania. ¿No te parece eso un golpe de suerte?

La pregunta quedó en el aire, mientras la lluvia al otro lado de los cristales bañaba la bella ciudad del Sena. Klaus echó un último vistazo a la librería de enfrente, pero estaba cerrada. Después dio un largo suspiro e intentó disimular su pesar, mientras su alumno le informaba de los pormenores de su misión. Lo que Klaus no podía imaginar era que aquel fortuito encuentro le iba a cambiar la vida para siempre, ni que le haría vivir una de las aventuras más increíbles que jamás había leído en los libros de su amado y admirado Jules Verne.

CAPÍTULO 1

LA TENTACIÓN

Un alemán siempre cumple su palabra, por eso Klaus no se extrañó cuando su comandante le informó al día siguiente que el cuerpo especial de las SS-Ahnenerbe, en concreto el *Volkserzählung, Märchen und Sagenkunde*^[1] le había reclamado para el servicio. El oficial tomó su petate y se dirigió a la sede de la organización en París, muy cerca del Instituto de Paleontología Humana.

Klaus observó el impresionante edificio neoclásico, muy cerca del Museo del Louvre, que todavía no había podido visitar y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Tenía la misma sensación que la que debió tener Fausto al entregar su alma a Mefistófeles. Aún recordaba la famosa frase del Diablo intentando convencer a su víctima: «*Lo que hace estremecer al hombre es casi siempre lo que más le conviene*».

Cuando penetró en el edificio, le recibieron dos soldados negros con sus cascos relucientes y con las famosas runas ⚡ en su cuello. Klaus conocía su significado, la runa *Sigel* simbolizaba el rayo que cae sobre la tierra para quemar y destruir o el sol que quema todo con su energía. Mientras ascendía por las escaleras tuvo deseo de escapar, pero se limitó a caminar en silencio hasta la puerta del despacho principal. Apenas se apercibió de las paredes tapizadas al estilo Luis XIV, los bellos muebles estilo imperio o las obras de arte colgadas a lo largo del pasillo.

Cuando los soldados abrieron la puerta, Klaus observó el inmenso despacho repleto de todo tipo de objetos interesantes. Al fondo, en una gran mesa de nogal, se encontraba un oficial totalmente desconocido para él.

—*Herr Berg*, le agradezco que haya venido tan rápido. Cada vez es más difícil encontrar a personas realmente responsables y leales. Llevo toda la mañana leyendo su expediente —comentó el comandante mientras se aproximaba a él y le tendía la mano. Klaus esperaba el saludo nazi, pero aquel hombre rubio, de facciones suaves y ojos infantiles, se limitó a saludarle con un fuerte apretón de manos.

—Lamento... —dijo Klaus señalando el informe.

—No tiene nada que lamentar, todos tenemos un pasado, *Herr profesor*. Algunos hemos visto más tarde que otros los grandes logros del nacionalsocialismo, pero lo que importa es que en sus venas y en las mías corre la misma sangre que la de nuestros antepasados germánicos —dijo el comandante—. Permítame que me presente, mi nombre es Bohmers Assien, antes de pertenecer a la Ahnenerbe me dedicaba a la paleontología, ahora sirvo al pueblo alemán desde este modesto lugar.

Klaus levantó la vista y observó el inmenso despacho de nuevo. Bohmers le tomó del brazo y se dirigió a la primera gran vitrina. Sobre un terciopelo rojo descansaba

una hermosa estela en perfecto estado de conservación.

—Estos tesoros pertenecen a la humanidad, Francia es un país degenerado y el Führer quiere construir un inmenso museo en su ciudad natal Linz. Allí se reunirá todo el legado del hombre desde que habita en la tierra. Nosotros estamos contribuyendo con nuestro modesto conocimiento a la grandeza del Imperio Alemán —dijo Bohmers mientras se acercaban a la segunda vitrina.

Los ojos de Klaus se salieron de sus órbitas al contemplar el manuscrito de *Blanca de Beaulieu*, la primera novela histórica de Alejandro Dumas. ¿Cómo habían conseguido uno de los manuscritos perdidos de Dumas? Muchos de sus libros se habían extraviado, el genial autor francés había publicado más de 300 obras a lo largo de su vida, aunque su libro más famoso fue siempre el de *Los tres mosqueteros*. Ahora podía contemplar ante sus ojos uno de aquellos ejemplares únicos.

Bohmers observó la cara del profesor y comprendió que no hacía falta convencerle de nada, los hombres como él admiraban tanto la historia de la literatura, que la simple lectura de un original o una edición perdida, era suficiente para que se entregara en cuerpo y alma a su causa. En cambio él era muy distinto. No le movía el amor al conocimiento, lo suyo era pura ambición. Bohmers no era alemán de nacimiento, era natural de los Países Bajos e hijo de un enfermero menonita. El joven holandés se había especializado en la cultura Frisia, pero cuando se enteró del interés de los nazis por las civilizaciones de origen ario, se presentó voluntario para acceder al Departamento de Excavaciones de la SS; desde entonces había realizado varias expediciones y ascendido en la organización.

—Su viejo amigo Hans está investigando algunos manuscritos de Jules Verne y cree que usted puede sernos de gran ayuda. Hoy mismo se le facilitará un nuevo uniforme, se le triplicará su paga, obtendrá un pase universal, que le permitirá acceder a cualquier edificio público o privado. Tendrá que guardar secreto sobre sus investigaciones y trabajos, me dará cuentas únicamente a mí. En unas horas viajará a Berlín, el propio Reichsführer, Heinrich Himmler, se ha interesado por usted. El Reichsführer es un apasionado lector del autor francés Jules Verne y quiere conocerle personalmente —comentó Bohmers con una sonrisa en los labios.

Aquellas palabras aterrorizaron a Klaus. El hombre más temido de Alemania deseaba conocerle personalmente. No estaba seguro de poder ponerse delante de él y proferir al menos alguna palabra inteligible.

—Bohmers le facilitó sus nuevos papeles, le indicó cuales eran sus habitaciones en el palacio y le informó de que su amigo Hans le esperaba dentro de una hora en las puertas de la Biblioteca Nacional, para indagar en los papeles de Jules Verne.

Klaus salió aturdido del despacho. No terminaba de creerse lo que había sucedido. En unos minutos había ascendido, vivía en un lujoso palacio en París y podía tener acceso a la obra de los mejores autores franceses de la historia. No sabía cómo tomarse todo aquello. Llevaba ocho años horribles, viviendo casi en la indigencia, destinado a Francia, pero con posibilidades de ir a cualquier otro frente, si

la guerra continuaba, sin duda el encuentro con Hans había sido un golpe de suerte del destino. No podía desaprovechar esa oportunidad, al fin y al cabo lo único que se le pedía era que ejerciera su trabajo. Se limitaría a buscar y estudiar los viejos manuscritos de los grandes escritores de la humanidad, no deseaba meterse en política ni destacarse en el régimen nazi, pero a veces los sueños vienen acompañados de terribles pesadillas.

CAPÍTULO 2

LA BIBLIOTECA NACIONAL

La grandeza de un país está en las estanterías de sus bibliotecas o eso era al menos lo que pensaba Klaus Berg, mientras se dirigía a la Biblioteca Nacional de París. La entrada del edificio no era muy espectacular, pero en el interior, un gran patio de inmensos ventanales con pequeños cristales animaba al transeúnte a recogerse, como si entrara en algún lugar sagrado. Klaus caminaba al lado de Hans, que intentaba acelerar el paso. El sencillo y tímido oficial de la Wehrmacht, con sus ojos verdes y su pelo fino y rubio, había dejado paso a un oficial de las SS, vestido todo de negro, con una gorra del mismo color, con su famosa calavera plateada. En el brazo izquierdo lucía una banda roja con la esvástica nazi sobre fondo blanco, en la hebilla plateada el lema *Meine Ehre heißt Treue* (Mi honor es mi lealtad). El espectacular conjunto se completaba con unas botas altas de color negro. Hasta el propio Hans percibió la transformación de su amigo. Klaus ya no parecía el inseguro y dubitativo profesor de literatura que había conocido algunos años antes.

Atravesaron el gran recibidor y se encaminaron a la primera sala. Hans apretó impaciente una pequeña campanilla y cuando le atendieron requirió la atención inmediata del bibliotecario jefe. Mientras esperaban, Klaus miró sobre sus cabezas; los imponentes frescos de las bóvedas eran tan fascinantes que se hubiera quedado horas contemplándolos. Hans se entretenía hablando a una de las jóvenes ayudantes del bibliotecario, una dulce parisien de grandes ojos azules, piel pálida y pelo negro.

Un hombre gordo, calvo y con pequeñas lentes redondas se acercó sudoroso, sacó un pañuelo de su bolsillo y comenzó a secarse el cuello.

—Señores oficiales, ya tengo lo que me pidieron por teléfono. Si son tan amables de acompañarme —dijo el hombre, con voz temblorosa.

Klaus percibió perfectamente el poder que aquel uniforme ejercía sobre las personas. Ser oficial alemán en la Francia ocupada le confería cierta autoridad, pero aquel uniforme de la temida SS le convertía en un semidiós.

Siguieron al hombre hasta un cuarto privado. El despacho estaba ricamente engalanado con una mesa de madera marrón y sillas Luis XVI. En las paredes había varios cuadros originales del siglo XVIII y unas hermosas estanterías con la forma de columnas clásicas. Sobre la gran mesa con tapete verde se encontraba una montaña de manuscritos y libros, cuidadosamente guardados en cartapacios rojos, cerrados con cintas del mismo color.

—Esto es todo lo que tenemos del gran autor Jules Verne, el resto está en su casa-museo de Amiens —dijo el bibliotecario jefe.

—Espero que no hayan ocultado nada. Mis hombres están rastreando sus archivos en este momento —dijo Hans en tono amenazante.

El hombre comenzó a temblar, pero la sonrisa de Klaus relajó un poco el ambiente.

—No se preocupe, puede retirarse —ordenó.

Hans frunció el ceño. Disfrutaba asustando a esos malditos franchutes, siempre engréidos y con aires de superioridad. Después se acercó a la mesa y abrió el primer cartapacio. Su rostro cambió de repente al reconocer la letra de Verne.

—Son sus cartas —dijo Hans mientras comenzaba a pasar los papeles por sus guantes blancos impolutos.

Klaus se acercó con los ojos muy abiertos y tomó otro de los cartapacios. Apenas pudo aguantar el aliento cuando extrajo varios papeles del escritor.

Los dos hombres permanecieron media hora sin levantar la vista de aquellos manuscritos. Sus ojos corrieron por las cartas, las notas, los pequeños borradores de obras de teatro y relatos inacabados. Parecía como si el espacio y el tiempo hubieran dejado de tener sentido. Ya no eran oficiales nazis, tampoco alemanes en un país ocupado, simplemente estaban dos estudiosos deseando desentrañar todos los misterios del genial escritor francés.

—¿Qué buscamos, Hans? —preguntó Klaus levantando la vista de los papeles.

—No estoy autorizado todavía a informarte, para eso tendrás que viajar a Berlín y hablar con el Reichsführer. Te sorprenderá el gran conocimiento que tiene de la literatura francesa contemporánea —comentó Hans.

—Pero, tendrás que darme un criterio para seguir leyendo. Aquí hay mucha información —comentó Klaus, que se moría de curiosidad por saber qué era tan importante, para que uno de los peces gordos del Estado se estuviera tomando tantas molestias.

—Tienes que buscar información desde los años 1861 al año 1864, cualquier carta, nota, escrito o borrador que puedas encontrar —dijo Hans sin levantar la vista de las cartas.

La mente de Klaus comenzó a calcular rápidamente. Si no se equivocaba, en los años sesenta Julio Verne había comenzado su famosa serie de Viajes Extraordinarios. En los primeros años se concentró en algunos viajes realmente asombrosos de carácter científico como *Cinq semaines en ballon* (Cinco semanas en globo), *Voyage au centre de la Terre* (Viaje al centro de la Tierra) y *De la Terre à la Lune* (De la Tierra a la Luna). Por eso, los intereses de Himmler debían estar centrados en algunos de estos viajes. En el primero, Cinco semanas en globo, el doctor Samuel Fergusson se proponía recorrer todo el continente africano en compañía de su ayudante y un amigo. En la segunda historia, tras encontrar un libro titulado *Heimskringla* de *Snorri Sturluson* por el profesor alemán Otto Lidenbrock, sobre un supuesto camino para llegar al centro de la Tierra. El tercer libro trataba sobre un cañón gigante con capacidad para enviar un cohete a la Luna. Las tres historias eran muy interesantes,

aunque la más plausible era la primera. Sabía que los nazis buscaban grandes yacimientos de petróleo en África y Klaus pensó que esa podría ser el origen de aquella misteriosa investigación, las otras dos historias eran demasiado descabelladas, para que fueran útiles al Tercer Reich. El ser humano no podía viajar hasta la Luna y mucho menos al centro de la Tierra, repleto de un magma caliente, capaz de fundir hasta un carro de combate.

Klaus miró hacia la ventana y observó la noche cerrada sobre París. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero aquel misterio acaba de empezar. El viaje en avión a Berlín del día siguiente prometía ser mucho más emocionante y peligroso. Las horas pasaron volando y cuando regresaron a la sede de las SS ya eran casi las once de la noche. Se sentía agotado, pero con la certidumbre de que al día siguiente viviría uno de los días más importantes de su vida.

CAPÍTULO 3

LA CASA DEL DRAGÓN

Los motores del Junkers Ju 90 rugían con fuerza en el aeropuerto de París cuando Klaus y Hans se aproximaron por la pista. Los dos oficiales llevaban una ligera maleta de mano y dos abrigos de paño negros. El invierno en Alemania era mucho más duro que en Francia y a medida que se acercaba la Navidad, el frío seguiría incrementándose. Uno de los copilotos les acomodó en las tripas del avión. Ellos dos eran los únicos ocupantes del aparato de cuarenta plazas, lo que hacía que el viaje pareciera aún más tétrico. Se acomodaron en la primera fila, cada uno a un lado del pasillo, junto a las ventanillas. No cruzaron palabra en casi todo el trayecto, el ruido del viento y el manto blanco que cubría el paisaje del camino, fueron sus únicos compañeros. Klaus pensaba en las últimas horas, pero sobre todo cómo sería el encuentro con el Reichsführer, Heinrich Himmler. Hans en cambio, lo único que quería era ver a su novia Gretel, aunque fuera únicamente durante unas horas, llevaba semanas sin pisar suelo alemán.

El monótono ruido de los motores terminó por dormirles, pero unas turbulencias les despertó de repente. Cuando Klaus miró por la ventanilla le extrañó que no estuvieran cerca de Berlín.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Klaus a su amigo.

Hans se estiró y después miró brevemente por la ventana. Inmensos prados nevados parecían alfombrar el suelo de Alemania, pero no había ni rastro de las bulliciosas calles de la capital del Reich.

Hans se levantó de su asiento, abrió la puerta de la cabina y tocó en el hombro de uno de los copilotos. El soldado dejó la radio y con la mano le indicó que saliese.

—¿Dónde vamos? Esto no es el camino hacia Berlín —comentó Hans sin hacer caso al copiloto.

—No nos dirigimos a Berlín, las órdenes son dejarles en Wewelsburg —dijo el copiloto enfadado, después se puso de pie y empujó hacia fuera al oficial.

Hans se dirigió hasta su amigo con una sonrisa en los labios. Sin duda el Reichsführer quería ofrecerles su más cordial bienvenida. Muy pocos mortales habían estado alguna vez en el castillo de Wewelsburg. Una vieja fortaleza del siglo XIV, remodelada por el príncipe obispo de Paderborn. El edificio pertenecía a las SS desde 1934 y estaba en proyecto que se convirtiese en la futura escuela de adiestramiento de líderes más importante de Alemania, aunque hasta ese momento se utilizara para centralizar las expediciones arqueológicas que Himmler había mandado por medio mundo.

—Vamos a Wewelsburg —dijo Hans acercando su cara al oído de su amigo.

—¿A dónde? —preguntó sorprendido Klaus.

—¿No has oído hablar de Wewelsburg?

—Sí, claro —comentó Klaus apoyando su cabeza en el respaldo y cerrado los ojos. Aquel lugar era uno de los secretos a voces de la SS.

Cuando el avión aterrizó en una pista cercana al castillo, los dos pasajeros se prepararon para descender del avión. El copiloto abrió la puerta del avión y la luz del sol sobre la nieve les deslumbró por unos instantes. A pie de pista había una docena de soldados de las SS. Un paso por delante de ellos se encontraba el SS Obersturmbannführer, Siegfried Taubert, comandante del castillo, junto a él estaba su ayudante el capitán Gottlieb Bernhardt.

—¡Heil Hitler! Bienvenidos a Wewelsberg, son los últimos en llegar —dijo Taubert.

Klaus se extrañó de las palabras del comandante, pero se limitó a hacer el saludo nazi y seguir a los oficiales hasta el coche. El viento gélido de la mañana les enrojeció las mejillas, pero dentro del vehículo se recuperaron de la gélida mañana.

—El Reichsführer desea conocerle teniente Berg, se siente muy afortunado de tenerle en su nuevo proyecto —comentó el capitán Bernhardt.

Klaus se limitó a sonreír. Notaba la cabeza embotada, como si estuviera en medio de una pesadilla y fuera a despertar de un momento a otro. El coche ascendió por la montaña lentamente, la nieve cubría hasta casi medio neumático y los árboles blancos parecían estatuas amenazantes desde el borde del camino. En lo alto se alzaba el castillo, con su impresionante forma triangular, presidido con un gran torreón orientado al norte y otras dos torres menores.

Cuando el coche entró en el patio de armas, las ruedas vibraron sobre el suelo pavimentado, hasta que el coche se detuvo enfrente de la escalinata. Los cuatro hombres salieron del vehículo y por en medio de una docena de soldados en formación, entraron en la fortaleza.

El pasillo de piedra les llevó hasta la gran escalinata de piedra. La única luz del edificio consistía en gigantescas antorchas en la pared, que brillaban entre grandes islas de sombras. El sonido de las botas retumbaba entre las paredes del edificio. Tras subir una planta llegaron a una inmensa sala circular con doce columnas, en el suelo había un mosaico de esvásticas que formaban una gran rueda solar. El salón estaba amueblado con una mesa circular, con un gran espacio en el centro, cubierta con un mantel de terciopelo rojo, una veintena de grandes sillas vacías y algunos estandartes de las SS cubriendo las paredes.

—Por favor, pasen por aquí —dijo Taubert señalando una puerta cercana.

Entraron en una biblioteca en penumbra, únicamente iluminada por una pequeña lámpara de mesa. Se aproximaron hasta la luz y contemplaron la pálida cara de Himmler, que se había quitado sus gafas redondas y les miraba con sus pequeños ojos azules.

Encima de la mesa se encontraba una maqueta en la que se podía observar como alrededor del castillo de Wewelsburg, estaba proyectado construir diferentes edificaciones y una muralla.

—Heil Hitler —dijeron los cuatro oficiales al unísono.

Himmler apenas les prestó atención, simplemente se quedó mirando la maqueta con todo detalle, como si la observara por primera vez. Un silencio incómodo se apoderó del grupo, hasta que Himmler levantó la mirada y con un gesto indicó que se salieran todos menos Klaus.

El joven oficial tragó saliva mientras escuchaba los pasos y el sonido de la puerta al cerrar.

—*Herr* Klaus Berg, profesor de literatura francesa en Hamburgo. Expulsado de la universidad al negarse a ingresar en el partido y por sus quejas por la quema de libros. Su expediente no es muy brillante —comentó Himmler con una voz suave, casi femenina.

Klaus se limitó a permanecer firme, sin mover ni una pestaña. Himmler se puso de pie, no era muy alto, su cuerpo delgado no parecía el del gran héroe de la nación, pero sin duda era uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Puede que usted no lo entienda, pero me fío más de los hombres que me deben algo, que de los ideológicamente fieles al partido. Los hombres dóciles nunca han conseguido nada en la vida. No es que apruebe su actitud rebelde y sediciosa, pero el valor bien enfocado se constituye en la mejor baza del hombre. ¿No cree?

—Sí, Reichsführer —contestó Klaus con voz temblorosa.

Himmler le rodeó sin dejar de observarle y después le dijo:

—Tenemos en común varias cosas, *Herr* Berg. La primera nuestro amor por la historia, los libros y la literatura. Sin duda aprecio más la buena literatura germana que la degenerada literatura francesa, pero el gran Jules Verne es un caso aparte. Ese hombre debía tener sangre aria sin duda. ¿Conoce datos sobre su genealogía? —preguntó Himmler, tras volverse a sentar en la silla del escritorio.

—Al parecer el apellido Verne procede de los celtas y es el mismo que se utiliza para referirse a un pequeño árbol que crece en Europa Central. Su padre era Pierre Verne, natural de Provins, era abogado y había estudiado en París, su madre era Sophie Nanine Henriette Allotte de la Fuÿe, proveniente de una familia bretona y escocesa.

—¡No lo decía yo! Tenía sangre bretona o lo que es lo mismo, sajona —dijo Himmler emocionado.

Klaus se quedó de nuevo en silencio, el líder nazi volvió a ponerse en pie y acercándose a él le sonrió y le dijo:

—¿No tiene curiosidad por saber en qué consiste la misión para la que le hemos llamado?

La pregunta quedó en el aire por unos segundos, después Klaus se limitó a afirmar con la cabeza.

—Tendrá que esperar un poco más, primero quiero presentarle a algunos componentes del Club Verne. Estoy seguro que estarán encantados de conocerle.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Klaus no podía dejar de darle vueltas a las últimas palabras de Himmler. Nunca había escuchado nada sobre el Club Verne, por unos momentos su curiosidad supero el miedo que sentía y tuvo la sensación de que estaba al límite de una crisis nerviosa, pero merecía la pena desvelar ese misterio.

CAPÍTULO 4

EL CLUB VERNE

En contra de lo que imaginaba Klaus, la reunión del Club Verne no fue en el salón circular por el que habían entrado. Himmler y una escolta de soldados le acompañaron hasta los sótanos del torreón. El olor a humedad y un frío que le helaban los huesos, terminaron por despejarle la mente. La entrada a la cripta fue apoteósica. Un fuerte aroma a incienso, música de Wagner de fondo y una docena de hombres vestidos con el uniforme de gala de las SS, inquietaron aún más al oficial. Himmler se situó en la silla de honor y él se puso justo detrás. Una pequeña nube de incienso ascendía, como una neblina entre la docena de hombres, en el centro de la cripta de piedra. La voz de Himmler comenzó a recitar unas palabras, que Klaus identificó con el sanscrito, después hubo un largo silencio y todos se sentaron.

—Desde que comenzó la guerra no hemos tenido muchas oportunidades de reunirnos, pero esta es una ocasión especial. Un nuevo descubrimiento ha cambiado por completo el objeto de nuestras investigaciones.

Un murmullo recorrió la cripta y todos los miembros del club miraron expectantes a su maestro.

—Por favor, que pase *Herr Miller*.

Hans entró en la sala y se situó en el centro del círculo, junto al altar del incienso. Después en un tono algo dramático comenzó a narrar sus recientes descubrimientos.

—En los últimos tiempos la divina providencia nos ha dirigido hacia el objetivo que tanto ansiábamos. Primero con las noticias de que el famoso manuscrito de Snorri Sturluson existió realmente, tal y como lo indica la famosa obra de Jules Verne, *Voyage au centre de la Terre*. La mayoría de los aficionados a Verne ven en esta obra el trabajo de un principiante, que simplemente aplicó algunas de las ideas del científico Charles Lyell's titulado *Geological Evidences of the Antiquity of Man...* Verne era ante todo un divulgador, pero todo lo que narraba tenía una base científica, muchos de los objetos o ideas que defendía se han cumplido, exceptuando el fantástico viaje de sus protagonistas al centro de la Tierra.

Mientras Hans continuaba con su larga disertación, la mente de Klaus no dejaba de dar vueltas a todo el asunto. Naturalmente había leído el libro *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, también como especialista conocía los rumores acerca de las teorías de Charles Lyell's y la influencia en esa obra de Verne, pero no entendía la importancia que podía tener para Himmler y sus hombres una novela sobre un viaje imaginario al centro del planeta. Verne no era el primero en escribir sobre un viaje a la tierra hueca, antes que él ya lo habían hecho Edgard Allam Poe, en su famoso libro

La narración de Arthur Gordon Pym y Lovecraft en la novela La sombra más allá del tiempo. Pero ¿por qué estaban interesados en una de las novelas menos importantes del famoso escritor francés? Era cierto que muchos de los pronósticos de Verne se habían cumplido, pero eso no quería decir que todos fueran a hacerlo.

—Las teorías sobre la tierra hueca cada vez tienen más defensores. Hemos logrado entrevistar a Richard Byrd, el piloto que vio la entrada al inframundo con sus propios ojos. El segundo golpe de suerte fue encontrar al mejor especialista de Jules Verne que hay en Alemania, el profesor de la Universidad de Hamburgo, Klaus Berg —dijo Hans, como colofón a su intervención. Comenzó a aplaudir y el resto de los miembros del Club Verne le imitaron.

Todos los ojos se dirigieron a Klaus, que permanecía sentado en silencio tras Himmler. El oficial notó como su rostro se ruborizaba bajo la tenue luz de las antorchas.

—Muchas gracias *Herr* Miller. Lo cierto es que *Herr* Berg nos ha venido como caído del cielo, si alguien puede averiguar si existió ese manuscrito es él —comentó Himmler, girándose levemente hacia su invitado.

Por unos instantes Klaus no supo qué hacer ni qué decir, se puso en pie e intentando afinar la voz, carraspeó un par de veces antes de ponerse a hablar.

—Honorables miembros del Club Verne es un placer y un honor asistir a su reunión. Soy un gran admirador del genial escritor y visionario Jules Verne, pero sobre todo soy un profesor de literatura que nunca se cansa de investigar, para poder entender el significado de los libros que han cambiado la historia del ser humano. La obra que han comentado, *Voyage au centre de la Terre*, fue una de las primeras que publicó el autor, al albor de su famosa primera novela *Cinq semaines en ballon*. *Voyages de découvertes en Afrique par trois anglais. Rédigé sur les notes du docteur Fergusson*. Verne era un gran aficionado a la ciencia, se cuenta que entre sus amigos además del gran Alejandro Dumas, estaba Jacques Arago, un gran viajero y aventurero, que influyó en sus primeros libros. También Verne leía revistas científicas en la Biblioteca Nacional de París y era un gran amante de los libros de Pierre Chevalier. Verne era miembro del Club de la Prensa Científica...

—Pero ¿existió realmente Snorri Sturluson? —preguntó impaciente uno de los miembros del club.

Himmler le miró con desaprobación, pero Klaus interrumpió su exposición para saciar la curiosidad del hombre.

—Jules Verne siempre mezclaba realidad con ficción, por eso utilizó a un famoso jurista, historiador y escritor islandés del siglo XII para dar más credibilidad a su relato. Snorri fue un personaje controvertido, ya que estuvo en el bando del rey Haakon IV de Noruega, lo que le valió el título de traidor, pero como escritor destacó al reunir las sagas islandesas y una cosmogonía de la mitología nórdica.

—Snorri no solamente existió, este año se está conmemorando el 700 aniversario de su muerte en Islandia —apuntó Himmler.

—Es cierto —dijo Klaus.

Otro de los miembros del club se dirigió al profesor para plantearle una nueva pregunta.

—Pero ¿Jules Verne se basó en argumentos científicos a la hora de escribir su libro? Muchos científicos han avalado la teoría de la Tierra hueca. Desde científicos como Edmond Halley, pasando por otros de la talla de Leonhard Euler, Le Clerc Milford, John Cleves Symmes, Jeremias Reynolds o William Fairfield Warren, han afirmado que la hay un inframundo que puede albergar vida.

Otro de los miembros del club le interrumpió poniéndose en pie y discutiendo acaloradamente:

—El libro de Verne es ficción en este caso, según las teorías de Fairfield y los otros autores que habéis nombrado, la entrada a la Tierra hueca se encontraría en la Antártida y no en la isla de Islandia.

La discusión pasó a ser acalorada hasta que Himmler golpeó su silla y todos se callaron.

—No estamos aquí para especular. La misión de *Herr Berg* y *Herr Miller* es encontrar el verdadero manuscrito de Snorri Sturluson. Espero que eso nos aclare dónde está la entrada a la Tierra hueca. Lo cierto es que desde la Grecia Clásica, pasando por la Biblia, las culturas mesopotámicas, hasta nuestras propias leyendas germanas hablan de que el interior de la Tierra está habitada, incluso que el origen de nuestra raza proviene de allí. La propia Sociedad Thule intentó descubrir esa entrada sin éxito, pero estoy convencido que nosotros sí lo conseguiremos —dijo Himmler extasiado. Su rostro reflejaba el placer que le causaba aquel tipo de asuntos. En algunos momentos parecía un niño jugando con miles de piezas sobre el tablero gigantesco en el que los alemanes habían convertido el mundo.

Cuando la reunión se terminó, Klaus y Hans comieron algo ligero en una sala de la planta baja y regresaron al avión antes de que anocheciera. Himmler no salió a despedirles, pero las inquietantes palabras del jerarca nazi no dejaban de dar vueltas en la cabeza de Klaus. Los miembros del Club Verne eran unos locos visionarios dispuestos a gastar millones de marcos alemanes y vidas, con tal de ver sus delirios hechos realidad. Mientras se dirigían en coche al aeródromo, Klaus pensó que él no sería el que les dijera a aquellos locos lo que tenían que creer, en los próximos meses se limitaría a hacer su trabajo e intentar pasar la guerra lo más lejos del frente posible. Después retomaría su vida como profesor en Hamburgo, se casaría y disfrutaría del resto de una vida larga, tranquila y sin apuros económicos. Cuando el avión despegó de Wewelsburg, Klaus respiró aliviado. Había estado en las mismas puertas del infierno y había salido con vida, ahora lo único que restaba hacer era seguir las huellas de Jules Verne y descubrir todos sus secretos.

CAPÍTULO 5

EL PROFESOR DE OXFORD

La niebla cubría gran parte de la ciudad de Oxford y un frío gélido helaba los huesos. Las calles estaban desiertas y los pocos estudiantes que no se encontraban sirviendo al ejército se refugiaban en sus habitaciones o en los *pubs* de la localidad. El oficial del MI6 se aproximó a las puertas de *Eagle and Child* y observó por unos momentos el cartel de la entrada. El niño aferrado al águila era una bonita metáfora de lo que estaba sucediendo en esa maldita guerra, pensó el oficial; mientras que los nazis estaban a punto de lanzarse sobre su presa inglesa, los británicos se agarraban a la ayuda de los norteamericanos, antes de caer al vacío de la derrota. Cuando entró en el *pub* una niebla aún más densa que la de la calle hizo que sus ojos comenzaran a llorar. Aquel lugar era muy acogedor. Grandes butacones marrones, mesas desgastadas por las mil pintas servidas en todos aquellos años, una hermosa chimenea disimulada en el friso de madera oscura y las paredes repletas de retratos y libros.

A esa hora de la tarde el *pub* se encontraba muy animado, medio centenar de parroquianos hablaban, mientras el sonido de las jarras al chocar convertía aquel aislado refugio en un lugar perfecto para olvidar los rigores de la guerra.

El oficial caminó hasta la sala del fondo, en la que una docena de hombres charlaban animadamente. El oficial se quedó en pie, frente a la mesa, hasta que uno de ellos, con la pipa en la mano, se dirigió a él:

—Buenas tardes, ¿en qué podemos ayudarle oficial?

—Buenas tardes, buscó al profesor Arthur Macfarland —dijo el oficial en un tono cordial.

—Arthur debe estar al llegar. Hoy tenía una clase por la tarde —contestó otro de los contertulios.

—Muy amables. Le esperaré allí sentado —comentó el oficial.

—Por favor, siéntese con nosotros. Mi nombre es Owen Barfield —dijo el hombre, levantándose para acercar una silla a la mesa.

—Encantado. Yo soy el oficial Mark Preston —contestó el oficial.

—Estos son mis amigos y colegas: el profesor Tolkien, el profesor Lewis, el poeta Charles Williams, el historiador Warren Lewis, Roger Lancelyn nuestro escritor infantil y el también escritor Hugo Dyson —presentó Barfield.

El oficial les saludó y acto seguido continuaron con su tertulia, como si de un amigo más se tratase. Tras un par de pintas y una agradable conversación acerca de las leyendas artúricas, sobre las que Mark Preston sabía más bien poco, ya que en su etapa de civil trabajaba como bróker de la Bolsa de Londres, llegó el profesor.

—Miré, allí esta Arthur Macfarland —comentó Tolkien sin dejar de aspirar su pipa.

Preston se dio la vuelta y observó la cara pecosa y el pelo pelirrojo del hombre que se acercaba sonriente a la mesa. Arthur se quitó el abrigo y el sombrero y antes de sentarse hizo el saludo ritual del grupo de los Inklings, nombre con el que se autodenominaba aquella tertulia literaria.

—Arthur, este oficial del ejército te está buscando —comentó Lewis, poniendo su mano sobre el hombro del oficial.

Preston se puso en pie y tendió la mano al joven profesor. Arthur le devolvió el saludo y le invitó a que se volviera a sentar. El oficial dudó durante unos momentos, pero al final cedió.

—Esos muchachos van a volverme loco. ¿Tan complicado es aprender francés? No quiero saber qué nivel de latín tienen —dijo Arthur mientras levantaba el brazo para que le sirvieran una cerveza.

—El sistema educativo está hundiéndose, dentro diez años habremos vuelto a la Edad de Piedra, eso si esos malditos germanos no terminan antes con el mundo —dijo Lewis en tono sarcástico.

—No hace falta maldecir —le reprendió Tolkien.

La charla continuó amigablemente hasta que Arthur apuró el último sorbo, se disculpó antes sus colegas y salió con Preston del *pub*, para charlar sobre el asunto que le había llevado hasta allí. Caminaron en silencio entre la densa niebla por las solitarias calles de Oxford, hasta que el oficial le lanzó la primera pregunta.

—Hemos descubierto que la Ahnenerbe está investigando la obra del escritor francés Julio Verne. Uno de nuestros confidentes en París ha visto a dos oficiales de las SS consultando los papeles del escritor francés, después acudieron a uno de los centros de la organización en Alemania, para entrevistarse con Heinrich Himmler, uno de los lugartenientes del Adolf Hitler. ¿Qué puede estar buscando?

Arthur miró con sus grandes ojos verdes al oficial y tras meditar unos segundos le contestó:

—Es muy difícil determinarlo. Julio Verne fue uno de los escritores más prolíficos del siglo XIX y principios del XX. De su serie Viajes Extraordinarios escribió 64 títulos, su hijo editó póstumamente otros 9 libros, pero tiene decenas de cuentos, poemas, obras teatrales y otro tipo de escritos, la cifra ronda casi las ochenta historias —comentó Arthur, que cada vez sentía más curiosidad por aquella historia.

—Como sabrá, la Ahnenerbe es un cuerpo de científicos alemanes que se encarga de investigar mitos, buscar ruinas y todo lo relacionado con los orígenes del pueblo Ario. ¿Hay algún libro de Verne que trate sobre este tema? —preguntó el oficial.

Arthur invitó al oficial a entrar en su pequeño apartamento en la universidad. Dejaron sus abrigos en el perchero al pie de la escalera y después ascendieron hasta su habitación. El apartamento era pequeño pero acogedor. Amueblado al gusto de la época Victoriana, repleto de libros, la mayor parte en francés y con un pequeño

escritorio y un butacón negro.

—Siéntese, por favor —dijo Arthur, mientras su mente seguía buscando la respuesta.

—¿No hay nada sobre los arios en sus obras? —insistió Preston.

—Sobre los arios no escribió nada, aunque tiene un libro titulado *Les cinq-cents millions de la Béguin*, en los que de alguna manera preconiza la ideología del movimiento nazi —comentó Arthur, mientras su mente intentaba recordar algún libro más en el que tratara temas de esa índole.

—Verne era realmente un genio —dijo Preston sorprendido.

—La novela trata sobre una fabulosa herencia, que termina por repartirse entre el médico francés Dr. Sarrasin y el químico alemán Dr. Schultze. Los herederos utilizan el dinero para construir dos ciudades muy distintas. El francés crea una ciudad avanzada, repleta de comodidades y en la que la gente es completamente feliz, pero el segundo construye una ciudad de hierro y acero, cerrada al exterior y con una gran fábrica de armas. En el fondo es una metáfora de la Alemania bismarckiana y la república francesa, pero que yo recuerde ninguno de los libros de Verne habla sobre los Arios o su origen —dijo Arthur.

—El servicio secreto está interesado en averiguar que trama Himmler, por eso querríamos pedirle que se una a un equipo de investigación que lanzaremos antes de veinticuatro horas sobre Francia —dijo el oficial.

Arthur se puso pálido al escuchar al oficial; a su fobia a los aviones se unía su pánico a los paracaídas. No había sido llamado a filas por sus pies planos, pero a diferencia de muchos colegas, él no lo había lamentado mucho. Sabía que no tenía madera de héroe como los personajes de Julio Verne. Admiraba a aquellos seres de ficción, pero era absurdo pensar que tenía algo que ver con el altruista Phileas Fogg, el valiente Miguel Strogoff o el aventurero profesor Otto Lidenbrock.

—No puedo hacerlo. Creo que se ha equivocado de hombre —comentó Arthur.

—Necesitamos a un experto en Julio Verne, no se preocupe por su seguridad, estará rodeado de los mejores hombres del servicio secreto —dijo Preston.

—Lo siento, no me veo preparado para una misión en tierra hostil —se disculpó Arthur.

El oficial estuvo a punto de ponerse en pie, pero permaneció sentado. Se limitó a mirar directamente a los ojos el profesor y tras unos segundos que a Arthur se le hicieron interminables se puso en pie.

—Agatha Drew me habló de usted, estaba segura que la acompañaría en este viaje —dijo el oficial, mientras se colocaba la gorra.

—¿Agatha? ¿Qué tiene que ver Agatha con todo esto? —preguntó inquieto el profesor.

—Ella lleva tres meses trabajando en el departamento de criptografía. La mayor parte de la información militar alemana está encriptada y la labor de los especialistas es descubrir esos códigos secretos. La señorita Agatha es una especialista en varios

idiomas: clásico, jeroglíficos egipcios y runas, lo cierto es que nos está siendo de gran ayuda —comentó Preston.

Arthur comenzó a moverse nerviosamente por la habitación. No veía a Agatha desde hacía seis meses. La joven había abandonado Oxford tras su ruptura y no había contestado ninguna de sus cartas. Él le sacaba casi diez años y había sido su profesor. Si alguien se enteraba de su relación, sería un escándalo y él no quería perder a todos sus colegas y amigos por una mujer, pero desde que ella se había marchado había perdido la ilusión por la enseñanza y la universidad.

—Está bien, si tengo que lanzarme desde un avión sobre territorio ocupado lo haré, pero al menos deje que coja algo de ropa, unos papeles y...

—Nada de objetos personales, va en misión secreta. Si les atrapan tienen que negar su relación con nosotros e intentar no dar nombres. La vida de muchas personas puede estar en peligro —le interrumpió el oficial.

Arthur miró por unos instantes al que había sido durante diez años su pequeño paraíso y después dando un largo suspiro, abrió la puerta. Los dos hombres bajaron por las escaleras, tomaron sus abrigos y salieron al callejón. Los adustos edificios de la universidad parecían más sombríos entre la niebla, pero algunas pequeñas farolas iluminaban el camino que les llevaba más allá de aquel reino invisible de la universidad.

CAPÍTULO 6

UN SALTO PELIGROSO

El aeródromo estaba en total oscuridad. Los bombardeos eran continuos y el ejército no quería que sus aviones fueran destruidos en tierra. Preston y Arthur Macfarland descendieron del vehículo y se dirigieron a una de las casetas de los pilotos. La única luz que brillaba en la oscuridad era la pequeña ventana del edificio y una torre de mando a unos metros de distancia. Preston abrió la puerta y Arthur pasó primero. En la sala había un sillón, una gran mesa con sillas y una diana colgada en la pared. Otra puerta daba a un aseo y una pequeña cocina donde los pilotos hervían el agua para hacerse el té. Al fondo del amplio salón se encontraban cuatro hombres y una mujer rubia, todos ellos vestidos con monos de paracaidistas.

—Señores, señora. Les presento al profesor Arthur Macfarland —dijo el oficial señalando al hombre.

—Encantado —dijo el profesor dando la mano a todos los soldados, pero se detuvo enfrente de la mujer sin saber qué hacer, ella le sonrió levemente y él pareció relajarse de repente.

—Arthur, sabía qué vendrías —comentó Agatha.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo el profesor encogiéndose de hombros.

El oficial les invitó a que se acercaran al gran plano que había sobre la mesa. La luz del techo alumbraba todo el mapa de Francia. Una gran x en rojo señalaba una ciudad al norte del país, la hermosa ciudad de Amiens.

—El objetivo es Amiens, pero no les podemos lanzar en la misma ciudad, tendremos que hacerlo a una media hora de allí, en Picquigny. En ese pueblo les esperan tres miembros de la Resistencia. Ellos les llevarán en coche hasta Amiens. El objetivo es la casa del escritor Julio Verne en la Rue Charles Dubois, muy cerca del centro de la ciudad. Los hombres de las SS ya se encuentran allí —dijo el oficial.

—¿Quiénes son? —preguntó Agatha.

—Klaus Berg y Hans Miller son los dos profesores. Al parecer pertenecen a las SS y la Ahnenerbe. Imaginamos que están buscando algún tipo de carta de Julio Verne, que interesa a Himmler, deben hacerse con ella y traerla aquí —comentó el oficial.

Arthur miró el mapa y después levantó la vista para contemplar la blanca piel de Agatha, pero al hacerlo sintió un escalofrío. Llevaba meses pensando en cómo sería ese encuentro, pero nunca hubiera imaginado que se verían en los hangares de un aeródromo de una base militar.

—Una vez que recuperen el objeto la Resistencia les esperará a las afueras de la

ciudad para transportarlos hasta Calais —dijo el oficial.

—¿No sería mejor que nos recogieran en Bulogne-sur-Mer? —dijo el sargento.

—No, en cuanto den la voz de alarma les buscarán por la costa, creerán que han subido río arriba, pero ustedes escaparan por el norte. Saldrán ocultos en un barco pesquero —dijo el oficial.

El sargento consultó su reloj.

—Es la hora —dijo señalando su reloj.

—Pero, nadie me ha explicado cómo arrojarme en paracaídas —dijo Arthur nervioso.

—No se preocupe señor, únicamente tendrá que tirar de la anilla. Nosotros les ayudaremos a lanzarse —bromeó el cabo.

Mientras Arthur se ponía el mono y el resto se ajustaba los paracaídas, Preston se aproximó hasta el sargento y en voz baja le comentó:

—Tienen 48 horas para salir de Francia, el barco no les esperará más tiempo, en el caso de fracasar, será mejor que intenten llegar a Bélgica y que busquen un transporte alternativo.

—Sacaré a estos novatos antes de que esos alemanes nos cierren todas las vías de escape, señor —respondió el sargento.

—Vigile especialmente al profesor, no es muy valiente y puede que cometa algún error. La señora y él hablan un perfecto francés, será mejor que ustedes se mantengan en un segundo plano y únicamente actúen si es imprescindible —dijo el oficial.

El grupo salió de la caseta y se dirigieron hasta uno de los Armstrong Withworth Whitley que estaban en la pista. El oficial Preston se despidió de ellos. Arthur miró al avión y pensó que aquel aparato parecía viejo y medio destartado, mientras entraban en las bodegas. Después se sentaron en fila y el sargento enganchó sus correas a una barra en el techo.

—Nos quedan casi dos horas de vuelo, este pájaro es lento y pesado, cuando lleguemos al objetivo tendrán que ser rápidos, cada segundo puede suponer varios cientos de metros de diferencia. ¿Entendido? —preguntó el sargento.

Todos afirmaron con la cabeza, mientras los motores rugieron. Arthur notó como su estómago daba un vuelco cuando el avión comenzó a elevarse en medio de la niebla.

—¿Es seguro volar con este tiempo? —preguntó al sargento.

—Sí, de otra forma nos verían los antiaéreos.

—Pero...

—Estese tranquilo. En Gran Bretaña se hacen cientos de operaciones como esta cada noche y el 90% de ellas salen bien.

El avión tomó velocidad y en unos segundos estaban sobrevolando la isla. Agatha, que se había sentado al lado del profesor, le agarró la mano y le pidió que se tranquilizara. Él se limitó a cerrar los ojos y murmurar una oración. El resto de los soldados charlaban tranquilamente, sobre el fútbol o lo hermosas que eran las chicas

francesas, sin prestar mucha atención a la pareja.

—¿Por qué te has enrolado? —preguntó Arthur a la joven, cuando logró calmarse un poco.

—Nuestro país nos necesita —respondió ella muy seria.

—No creo que te saliera esa vena patriótica de repente —dijo Arthur, con un gesto de disgusto.

—Me fui de Oxford y me sentía perdida en Londres, todo lo que conozco está en esa pequeña ciudad, pero prefería no volver a verte. Nunca me había sentido tan despreciada. Pensabas que ese maldito grupo de profesores de literatura era más valioso que yo —le reprochó Agatha.

—Estaba confundido. Habías sido mi alumna y después mi ayudante. No me pareció ético que fuéramos novios. Los profesores debemos de respetar ciertos códigos de conducta —se justificó Arthur.

—Éramos adultos y libres, nos queríamos. ¿Qué tiene eso de malo? —contestó la mujer con un nudo en la garganta.

Arthur se quedó en silencio mientras observaba los ojos vidriosos de la joven. La amaba con todo su alma, sin ella su vida carecía de sentido, pero era demasiado cobarde para cambiar sus viejos hábitos de profesor soltero.

El avión dio un giro brusco y el sargento les advirtió que quedaban diez minutos para el salto.

—Quiero que vuelvas. Nos casaremos y compraremos una pequeña casa a las afueras...

—Demasiado tarde, Arthur...

El avión comenzó a descender y cuando Arthur miró por la ventana, pudo observar algunas luces a lo lejos.

—Amiens está muy cerca. Pónganse en pie —ordenó el sargento.

Los dos estaban tan absortos que parecieron no escuchar las instrucciones.

—¿Por qué? —preguntó Arthur con el rostro ensombrecido.

—¡Maldita sea, pónganse en pie! —bramó el sargento. Tiró del brazo del profesor y le acercó a la parte trasera. Abrió la compuerta y un frío gélido penetró en el aparato.

El cielo estaba nublado, pero eso no impedía que entre los claros se viera el suelo de Francia a varios cientos de metros por debajo. Arthur comenzó a temblar, pero el sargento le puso al filo del abismo y le gritó al oído.

—Espere diez segundos antes de tirar de la anilla, si lo hace demasiado pronto, puede enredarse en el avión.

El profesor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero estaba demasiado nervioso para escuchar lo que le decían. El sargento le dio un empujón, la arandela rozó con la barra hasta que se abrió y el profesor sintió como el vacío le absorbía con toda su fuerza. Cerró los ojos mientras su cuerpo flotaba en el aire helado de la noche. No sentía que volaba, simplemente que caía en un pozo sin fondo. El pulso se

le aceleró y comenzó a faltarle el aire. Entonces respiró hondo, abrió los ojos y contempló los campos bajo la luz de las estrellas y un pequeño pueblo cercano. Tiró de la anilla y sintió como su cuerpo salía disparado hacia arriba, ese movimiento brusco le aturdió aún más, pero a los pocos segundos comenzó a caer de nuevo, esta vez pausadamente. Durante los últimos segundos disfrutó, pero la cercanía a la superficie, le hizo asustarse de nuevo. Cuando pisó suelo francés y el paracaídas le cubrió por completo, dio gracias a Dios por no haberle dado alas a los hombres.

CAPÍTULO 7

LA CASA DE AMIENS

Aquella noche durmieron en Francia en la sede de las SS en Amiens. Allí les esperaban los diez hombres que se encargarían de su seguridad y les ayudarían a encontrar el manuscrito. Todos ellos eran miembros de bajo rango de las SS y fanáticos del partido nazi, menos el capitán Martin Neisser, un antiguo oficial del ejército prusiano que se había alistado en las SS para salvar a Alemania de los comunistas, pero que en ese momento no se sentía muy cómodo sirviendo bajo la bandera de la esvástica. Las habitaciones de la pequeña villa se encontraban muy próximas a la hermosa catedral gótica de Amiens. Klaus pensó que si tenía tiempo visitaría la iglesia y se pasearía por el hermoso casco viejo antes de regresar a Alemania. Le sucedía como a muchos alemanes, que pensaban que la guerra eran unas vacaciones pagadas en Francia, pero las cosas no tardarían en complicarse.

Después de tomar un succulento desayuno con huevos, leche, queso y unos deliciosos *croissants*, Klaus y Hans se reunieron con sus hombres en los jardines del edificio. Tomaron dos de los coches y se dirigieron directamente a la casa, que se encontraba a poco menos de dos kilómetros de distancia.

Cuando Klaus observó la fachada de ladrillo rojo, adornada con frisos de piedra blanca y contraventanas del mismo color, se sintió un poco decepcionado. La casa se encontraba en una calle vulgar, rodeada de otras viviendas de pequeños burgueses, con sus patios enrejados y sus jardines minúsculos, pero cuando el vehículo giró por la otra calle, sus ojos se abrieron como platos. El patio interior daba a una hermosa torre rematada con un bello techo circular. Tras la verja había un porche acristalado desde el que Verne debió ver pasar los crudos inviernos de la ciudad.

Los dos hombres se bajaron del coche y ordenaron a los soldados que les esperaran en la puerta, pero el capitán les acompañó hasta el edificio. Llamaron a la puerta y les abrió una anciana dama de llaves, vestida con un anticuado uniforme negro.

—¿Qué desean los señores? —preguntó la anciana, sin prestar mucha atención a los uniformes de los oficiales.

—Estimada dama, necesitamos registrar la casa —dijo el capitán Neisser.

—Los señores no están en la casa. Durante el invierno viven en París, no estoy autorizada para dejarles entrar. Buenos días —dijo la mujer intentando cerrar la puerta.

Hans se abalanzó sobre ella y de un empujón la derrumbó al suelo, la señora se golpeó en la frente y comenzó a sangrar. Klaus sacó un pañuelo y le tapó la herida.

—¿Qué haces? —preguntó Klaus indignado.

—Esta maldita vieja no sabe que nadie puede negar la entrada a su casa a un oficial de las SS —dijo Hans.

—Tranquilízate Hans, ya estamos dentro —dijo el capitán Neisser.

El hall estaba iluminado por una claraboya y la escasa luz del día apenas iluminaba los muebles tapados con sábanas. Hans se acercó de nuevo a la anciana y en tono amenazante le preguntó dónde estaba el despacho de Julio Verne.

—En la torre —dijo la dama con voz temblorosa.

Hans subió a grandes zancadas las escaleras, mientras Klaus y el capitán seguían atendiendo a la mujer.

—¡Dejad a esa vieja y subid de una vez! —Se escuchó gritar a Hans desde la segunda planta.

Klaus frunció el ceño y haciendo caso omiso ayudó a la anciana a sentarse en una silla y después la dejó al cuidado del capitán Neisser.

—Si ve que no se recupera, que uno de sus hombres mande venir a un médico —dijo Klaus mientras ascendía por la escalinata en espiral.

En la parte más alta de la torre había una habitación circular muy espaciosa pintada de un color verde oscuro, Klaus pensó al verlo en los aposentos del capitán Nemo en el Nautilus. Hans estaba desordenando los cajones como un loco y lanzando los papeles por todas partes.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Klaus.

—Tenemos que encontrar alguna carta o manuscrito —dijo Hans sin hacer caso a su amigo.

—Si es algo importante no estará a la vista; debemos de pensar antes de actuar. Esos papeles son valiosos: si se destruyen, parte de la historia de la humanidad desaparecerá —dijo Klaus. Después se puso de rodillas y comenzó a recoger las cartas, fichas y carteles que había por el suelo.

Hans se cruzó de brazos y miró directamente a su amigo. Klaus se comenzó a tocar la barbilla y después miró detenidamente el despacho. Había una extensa biblioteca, una primera edición de todos sus libros, un armario de fuelle, el escritorio, varios cuadros. En uno estaba representado el capitán Nemo en otro una hermosa reproducción de la portada del libro Viaje al centro de la Tierra. Klaus se detuvo frente al cuadro y lo contempló en silencio. Unos personajes se movían entre gigantescas setas y después ascendían por unas grutas. Después se dirigió al mueble de fuelle y lo abrió. No se veía gran cosa, algunos papeles en blanco, varias plumas, uno secadores de tinta y varios tinteros. Abrió los pequeños cajones y vio varias brújulas, algunos relojes estropeados y una medalla: la Legión de Honor que se había concedido al escritor antes de su muerte. En ese momento fue consciente que estaba ante uno de los lugares en los que Julio Verne había dejado reposar sus apasionantes manuscritos. Sintió un escalofrío, levantó la vista y contempló de nuevo el estudio. Ya no le importaba el secreto que había ido a buscar, lo que realmente quería era

mirar cada uno de los rincones de aquella casa y respirar el mismo aire que el gran escritor, pero Hans no estaba dispuesto a perder más el tiempo. Comenzó de nuevo a arrojar papeles al suelo, mientras resoplaba como un toro a punto de investir.

CAPÍTULO 8

LOS PRIMEROS VIAJES DE VERNE

La sorpresa era su mejor baza. Los alemanes no sabían que se encontraban allí y cuanto más tiempo tardaran en enterarse, más posibilidades tendrían de conseguir su objetivo. Los habían recogido en el punto convenido y habían llegado hasta Amiens sin ningún percance. Los miembros de la Resistencia conocían perfectamente los caminos secundarios, para evitar los controles. Tras llegar a la ciudad les alojaron en una casa cuya fachada estaba enfrente de la de Julio Verne; desde las ventanas podían observar los movimientos de la casa e intentar penetrar cuando fuera posible.

Cuando comenzó a amanecer, Arthur apenas había dormido un par de horas. Las emociones del último día le habían excitado demasiado y lo único que deseaba era conseguir el manuscrito y regresar cuanto antes a Inglaterra. La presencia de Agatha le inquietaba y emocionaba al mismo tiempo. Disfrutaba estando de nuevo a su lado, pero temía que todos esos meses de separación los hubieran alejado para siempre. Él se había declarado en el avión, pero la joven no había aceptado su ofrecimiento.

El profesor se puso los zapatos, había dormido vestido sobre la colcha blanca de la habitación de la segunda planta que daba enfrente de la casa de Verne, después bajó a la cocina y tras tomar algo de pan con mantequilla y un café, regresó a su cuarto, para orar unos momentos. Apenas había comenzado sus oraciones cuando el sonido de dos coches llamó su atención. De los vehículos descendieron unos doce hombres. Tres de ellos eran oficiales de las SS, seguramente los especialistas que había comentado el oficial Preston en el aeródromo. El profesor tomó unos prismáticos pequeños y vio como uno de los soldados empujaba al ama de llaves y se introducían en la casa. Arthur se sintió indignado al ver a la pobre mujer en el suelo, corrió escaleras abajo y llamó a sus compañeros.

—Los alemanes están en la casa, esperemos que no sean capaces de encontrar lo que buscan —dijo el profesor.

Agatha le miró con el café en la mano. Aquella mañana estaba especialmente atractivo, pensó mientras le saludaba. Su pelo despeinado y rojizo estaba cortado en forma de tazón, pero el traje de corte francés destacaba sus formas perfectas. Arthur no era un gran deportista, el único ejercicio que practicaba de joven era el remo, pero desde que era profesor se limitaba a jugar a las cartas con sus colegas o tirar a los dardos en el *pub*.

—¿Qué información interceptasteis? ¿Qué es exactamente lo que vinimos a buscar? —preguntó Arthur.

Agatha sacó del bolsillo un papel y escribió brevemente una serie de símbolos y

después comentó:

—Nuestra información proviene de dos partes. La primera es nuestro informador en la Biblioteca Nacional de París. Los profesores alemanes pidieron todos los documentos relacionados con Verne y la correspondencia entre los años 1860 y 1864.

—El periodo en el que escribió sus primeras tres novelas. Si no recuerdo mal estas son: *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la Tierra* y *De la Tierra a la Luna* —dijo Arthur.

—¿Qué pueden estar buscando sobre estos libros? —preguntó Agatha.

Arthur se lo pensó un poco antes de contestar. Los temas eran muy distintos, pero ninguno de ellos parecía encajar con la forma de pensar de los nazis.

—El primero trata sobre un viaje en globo, la primera novela del escritor. La historia relata el viaje del doctor Samuel Fergusson, un explorador inglés y su criado Joe y un amigo llamado Dick Kennedy, que deciden recorrer el continente africano en un globo de hidrógeno. Hoy existen dirigibles y aviones, pero en aquella época la técnica era muy rudimentaria. Los globos ascendían calentando el aire de su interior, pero nadie había pensado que con un artefacto como aquel se pudieran recorrer grandes distancias —comentó Arthur.

—¿Qué encontraron en el viaje? —preguntó Agatha, que nunca había sido muy aficionada a las novelas de aventuras, ella prefería las obras de Balzac.

—Los viajeros recorren desde la isla de Zanzíbar en Tanzania, hasta los Montes de la Luna, que realmente nunca existieron, después al lago Victoria, el lago Chad, el desierto del Sahara, el río Níger, hasta las cataratas de Guinea en el río Senegal —terminó de resumir Arthur.

—Por lo que parece, los protagonistas pasaron por el corazón de África, pero ¿qué interés tiene este viaje para los alemanes y en especial para Himmler? —comentó Agatha.

La mente de Arthur no dejaba de dar vueltas al asunto, pero no sabía que podía interesarles.

—¿El petróleo? —preguntó el sargento.

—No, la Ahnenerbe busca reliquias y el pasado del pueblo ario, no tiene nada que ver con materias primas... —dijo Agatha.

—Entonces las minas del Rey Salomón —comentó Arthur.

—Puede ser una opción. ¿Cuáles son las otras dos historias?

—La segunda historia era uno de los libros más famosos de Julio Verne. Su famoso viaje al centro de la tierra, pero Arthur pensaba que aquella era la más descabellada de las obras del escritor.

—*Viaje al centro de la Tierra* trata sobre la expedición del profesor Lidenbrock con su sobrino Alex al centro de la Tierra, por una abertura que se encuentra en la isla de Islandia, cerca de Reykjavík, en el cráter Jolull de Sneffels, allí contrata al cazador y guía Hans Bjelke, que les ayudará a internarse en el centro de la Tierra. Ya conocen la historia, el profesor Lidenbrock descubrirá un mundo prehistórico que se ha

conservado gracias a una serie de condiciones ambientales y a los grandes monstruos que antiguamente poblaban el Planeta —dijo Arthur.

—Una idea descabellada —comentó el sargento.

—En la novela *De la Tierra a la Luna*, nadie llega realmente a la Luna, simplemente se lanza un proyectil con un gigantesco cañón. También es descabellado llegar con un cohete a la Luna, por eso lo más factible es que estén buscando algo en África —dijo Arthur.

—Lo que me llama la atención de este libro es que habla de un manuscrito y la transcripción de unas runas. En el mensaje interceptado decía textualmente: «*Viaje de Klaus Berg a la fortaleza, conocimiento sobre Jules Verne, claves de las escrituras de nuestros ancestros...*» —leyó Agatha del papel.

—Puede que sea una pista, pero el mensaje es muy confuso —dijo Arthur sin mucho convencimiento.

Arthur leyó el papel. Después meditó unos breves segundos e intentó recordar cómo se llamaba el escritor islandés al que hacía referencia Verne en *Viaje al centro de la Tierra*.

—Creo que el escritor del que habla Julio Verne existió realmente, se trata del islandés Snorri Sturluson —dijo Arthur.

—Tengo entendido que algunos nazis piensan que Islandia puede ser la cuna de la cultura aria. Mientras investigaba para este viaje descubrí que la Ahnenerbe hizo un viaje en 1938 a la isla, para estudiar a sus habitantes y posibles restos arqueológicos. Uno de los jefes de la expedición fue el erudito Bruno Schweizer. Los nazis creen que en la isla se ha conservado la parte más pura de la raza aria, ya que su población apenas se ha mezclado —dijo Agatha.

—Puede que los nazis piensen que en la isla hay algún resto de los orígenes de su raza —comentó Arthur.

—La isla está en la actualidad ocupada por nuestras tropas. Se declaró neutral en la guerra, poco después de que cayera Dinamarca en poder de los alemanes —comentó el sargento.

—Todas las pistas parecían indicar que el objetivo de las SS era algún tipo de manuscrito o libro de Snorri Sturluson, pero seguía sin entender la importancia que eso podía tener para el gobierno británico.

—Buscaremos cualquier escrito o carta sobre Snorri Sturluson y todo lo referente a África que encontremos —comentó Arthur.

El cabo entró en la cocina y anunció al grupo que los oficiales habían salido del edificio, pero que no llevaban ningún papel u objeto encima. Los alemanes habían estado toda la mañana registrando el edificio, pero debían irse a comer.

—No lo han encontrado —dijo eufórica Agatha.

—Julio Verne debe haberlo ocultado en alguna parte —comentó Arthur.

—El problema es que los alemanes han dejado dos hombres vigilando la casa —dijo el cabo.

—Tendremos que improvisar —dijo el sargento, mientras vigilaba con los prismáticos el edificio.

Arthur se asomó a la ventana, todavía no había pasado el mediodía, pero la tarde sería larga. Únicamente en la oscuridad de la noche podrían burlar la guardia, pero eso les dejaba a poco más de veinticuatro horas para llegar hasta el barco que les sacaría de Francia. El tiempo era demasiado ajustado, ellos tenían que hacer en veinte minutos lo que dos especialistas, con todos los medios no habían conseguido descubrir en una mañana.

El profesor subió a su habitación y releyó de nuevo la novela de *Viaje al centro de la Tierra*, conocía pasajes enteros, pero esperaba que una lectura minuciosa le diera alguna nueva pista. La lectura le envolvió de tal manera, que justo al terminar el libro, las últimas luces de la tarde comenzaban a declinar, convirtiendo las sombras en sus mejores aliadas para combatir la oscuridad en la que se estaba sumiendo Europa y el Mundo entero.

CAPÍTULO 9

UNA IDEA INGENIOSA

El mal humor de Hans había empeorado a lo largo del día. No habían encontrado nada importante para su misión, pero el oficial de las SS creía que la clave podía estar en los nietos del escritor. Ellos debían tener en su poder los papeles más secretos del abuelo. Cuando salieron de la casa mandaron una orden, para que capturaran y enviaran cuanto antes a todos los nietos de Verne a Amiens. Sabía que eso podía demorar el hallazgo del manuscrito un par de días, pero no veía otra alternativa.

Klaus intentó apaciguar la ira de su amigo, sabía que en ese estado de nervios era capaz de cometer cualquier locura, los tipos como Hans tenían carta blanca, pero él no permitiría que nadie saliera perjudicado.

Comieron en la sede de las SS y a iniciativa de Klaus visitaron la catedral de Amiens, una de las construcciones góticas más bellas de Francia. En la iglesia se encontraba el cráneo de San Juan bautista, que un caballero había traído de las cruzadas en el año 1204, por la que la catedral se convirtió en un lugar de peregrinación.

La imponente fachada de la catedral les recordó a algunas joyas de la arquitectura del gótico alemán. La belleza y ligereza vertical de la catedral terminó por hacerles olvidar aquella amarga mañana en la residencia de Verne. La fachada era impresionante, en ella se narraba buena parte de los episodios bíblicos más importantes.

Los dos oficiales se quedaron al pie de la fachada sin poder dejar de admirar su hermosa belleza. Los tres portales con doble puerta, convertían en formas perfectas aquellos triforios. Un poco más arriba la galería de los reyes y encima el gran rosetón con cientos de cristales de colores. Los triforios estaban rematados con unos frontones triangulares. El portal central estaba dedicado al Juicio Final. Se podía ver a los muertos resucitando en tres registros consecutivos. En el primero se percibía como se levantaban los muertos al sonido de la trompeta, mientras que el arcángel San Miguel con una balanza medía sus buenas obras, un demonio intentaba cambiar el peso de la balanza para condenar a los hombres. En la segunda parte, ya estaban divididos los justos e injustos, unos eran arrastrados por los demonios al Leviatán, mientras que los otros eran llevados al Paraíso. En la parte alta estaba Cristo sentado en el trono, con San Juan Bautista y la Virgen María. También había una visión del cielo y los cuatro jinetes del Apocalipsis. Las otras dos puertas no eran tan impresionantes como la central, pero las proporciones perfectas las convertían en verdaderas delicias para la vista. El portal de San Fermín, uno de los santos de la

ciudad, representaba a los mártires y grandes personajes cristianos de Amiens. El otro portal simbolizaba la vida de la Virgen María y su ascensión a los cielos.

—Entremos en la catedral antes de que se haga de noche —dijo Hans impaciente.

La iglesia les dejó aún más deslumbrados. Los techos altísimos les hicieron sentir como insignificantes mortales ante un Dios todo poderoso, pero la luz comenzaba a flaquear y el gran rosetón se apagaba como un sol agonizante. Entonces la mente de Klaus encontró la respuesta que llevaba todo el día buscando.

—Ya sé dónde se encuentra el manuscrito. ¿Cómo no lo he pensado antes? —dijo mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Su amigo le miró sorprendido, pero sin comentar palabra se limitó a seguirle mientras ambos salían precipitadamente a la calle. La oscuridad había caído sobre la ciudad, pero no tenían tiempo que perder. La clave estaba justo delante de sus narices, pero no habían sabido reconocerla.

CAPÍTULO 10

LA CLAVE

El plan que habían trazado era sencillo. Agatha entretendría a los soldados mientras Arthur y el sargento se introducían en la casa. Ellos tenían poco más de quince minutos para encontrar el manuscrito y salir. El resto de los soldados británicos vigilarían desde la casa, pero si surgía algún problema tendrían que dar el aviso y ayudarles a escapar de allí antes de que las cosas se complicaran.

Agatha se acercó a los dos soldados y en un excelente francés les pidió fuego. Su esbelta figura entallada en una falda de tubo, que sobrepasaba ligeramente la rodilla, el abrigo ajustado de color gris y un gorro negro, le daban un aspecto deslumbrante. Los dos soldados nazis se quedaron fascinados por la belleza de la mujer y ella comenzó a preguntarles por Alemania, cuánto tiempo llevaban en Francia y si tenían novia. En unos minutos los guardas estaban tan embelesados en la conversación que no se percataron cuando Arthur y el sargento saltaron la verja y se dirigieron sigilosamente a la puerta de la torre. El sargento forzó la cerradura y entraron en silencio. Todo estaba a oscuras, la casa olía a cerrado y la poca luz que entraba por los ventanales se reflejaba en las sábanas blancas que cubrían los muebles. Arthur apenas tuvo tiempo de disfrutar de aquel momento. En varias ocasiones había imaginado como sería la guarida del genial escritor francés, pero verlo con sus propios ojos aunque fuera a la luz de la Luna o caminar por los mismos sitios que su admirado Verne, era un inmenso privilegio.

Subieron hasta el despacho. La puerta estaba cerrada. Cuando entraron contemplaron el caos que reinaba en el cuarto. Enfocaron con las linternas y observaron todos los papeles del escritor por los suelos, los cajones volcados y algunos objetos personales rotos.

Arthur notó como la ira le invadía por completo. ¿Qué tipo de investigadores eran esos nazis? Se preguntó mientras intentaba revisar las hojas que había desperdigadas por todas partes.

Después de diez minutos de búsqueda infructuosa los dos hombres comenzaban a desesperarse.

—¿Dónde lo habrá guardado ese viejo zorro? —preguntó Arthur en voz alta.

—Tiene que haber una clave o algo que nos lleve hasta el manuscrito —dijo el sargento.

El profesor se quedó pensativo unos momentos. Estaba claro que a Julio Verne le encantaban los acertijos y los misterios, tenía que intentar pensar como él, meterse en su cabeza.

—Pensemos. El libro trata sobre una expedición al centro de la Tierra —dijo Arthur.

—¿Qué objetos hay en la sala sobre ese tema? —preguntó el sargento.

Los hombres echaron una rápida ojeada. En el despacho había escafandras de submarinismo, muchos utensilios marinos y otros objetos personales, pero nada relacionado con el interior de la Tierra. Arthur examinó detenidamente los cuadros, todos ellos estaban centrados en *Veinte mil leguas de viaje submarino* y en *Cinco semanas en globo*. Hasta que una pintura le llamó poderosamente la atención. Era una especie de jardín de las delicias, parecida a la portada del libro *Viaje al centro de la Tierra*. En la parte inferior del cuadro había una leyenda del propio Verne: «A partir de ahora no viajaré más que en sueños».

—¿Qué quiere decir con esta frase? —preguntó el sargento.

El sargento se aproximó al cuadro y lo enfocó con su linterna.

—¿Qué estaba viejo y cansado de viajar? —dijo Arthur confuso—. La cita es del libro de *París en el siglo xx*, una de sus obras inéditas, pero este jardín me recuerda a las ilustraciones del libro *Viaje al centro de la Tierra*.

El profesor no lograba dar con la clave, pero el tiempo apremiaba. Ajenos a todo ello, desconocían que un coche se dirigía hacia la casa a toda velocidad, para que el oficial Klaus corroborara la idea que había tenido en la catedral. Aunque lo que estaba empeorando por momentos era la actitud de los dos soldados alemanes hacia Agatha. Uno de ellos intentó besarle, ella le pegó una bofetada, pero el otro la cogió por la espalda y entre los dos la introdujeron en el jardín de la casa. Los soldados británicos reaccionaron rápidamente y cruzaron la calle, cuando llegaron al jardín vieron a los dos alemanes sobre la mujer. No les costó mucho dejarles fuera de combate, pero la situación comenzaba a complicarse, tenían que escapar de allí cuanto antes.

Un coche enfiló la calle, sus luces brillaron en medio de la oscuridad de la noche. El motor alertó a los soldados que estaban en el jardín y puso sobre aviso a Arthur, que se asomó a la ventana al ver el resplandor en el cristal.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el sargento.

Arthur echó un último vistazo al cuadro, entonces estuvo seguro de haber encontrado la respuesta, pero era demasiado tarde. El coche de los oficiales nazis se había detenido frente a la verja y ya no podían huir de la casa.

CAPÍTULO 11

DE LA MUERTE

Los dos oficiales descendieron del vehículo y apenas prestaron atención a los guardias. Se dirigieron hasta la casa y abrieron con la llave que habían pedido a la Ama de llaves. Mientras subían la escalinata de madera, Klaus no podía disimular su euforia. Después de varios meses rellenando informes y dedicando su vida al ejército, por primera vez se sentía revivir.

Arthur y el sargento salieron al pasillo y escucharon los pasos sobre la madera crujiente. Por un momento se quedaron paralizados en medio de la oscuridad, pero después una leve luz al fondo y un susurro les llamaron la atención.

—Por aquí —dijo una voz apenas imperceptible.

Se acercaron hasta la puerta del fondo y observaron a una anciana dama vestida con un camisón blanco y una bata rosada. La siguieron hasta lo que parecía una pequeña biblioteca, la mujer accionó un mecanismo y se abrió una trampilla.

—Esto da directamente al jardín. Mi amo estaba obsesionado con que algún día vendrían a por él los habitantes de Agartha y diseñó esta salida secreta. Tengan suerte y que Dios les acompañe.

Los dos británicos se miraron sorprendidos, pero sin decir palabra entraron en el túnel, que bajaba en forma de espiral hasta el jardín y bajaron corriendo la escalera. Cuando salieron detrás de un seto, se encontraron a dos soldados alemanes medio desnudos y amordazados, a su lado estaba Agatha con el pelo despeinado y una pistola en la mano.

La mujer se dio un buen susto al verlos salir de la nada y estuvo a punto de disparar, pero el inconfundible rostro pecoso de Arthur hizo que se detuviera a tiempo.

—Tenemos que huir —dijo el profesor mientras salían del jardín.

El sargento se acercó por detrás a sus hombres y les susurró que se deshicieran del chofer del vehículo. Uno de los soldados británicos se acercó al conductor y con una sonrisa le pidió que bajara la ventanilla, le pidió un cigarrillo, pero mientras buscaba en el coche el encendedor, le degolló, abrió la puerta y le arrojó al suelo adoquinado de la calle.

Klaus miró el cuadro y sonrió de nuevo. Después señaló con la luz de su linterna el jardín y la frase.

—Esa es la clave —dijo a su amigo.

No entiendo nada —comentó Hans.

—El viejo zorro ocultó el manuscrito muy bien. Quería leer de nuevo el texto

para asegurarme: «*A partir de ahora no viajaré más que en sueños*».

Hans frunció el ceño e intentó pensar en el mensaje oculto de la frase, pero fue inútil.

—¿No lo entiendes Hans? ¿Cuándo es imposible hacer más viajes? —preguntó Klaus algo impaciente.

—Cuando eres viejo, estás enfermo...

—No, lo único que impide viajar es la muerte, Hans. El manuscrito está en la famosa tumba que le hizo su amigo el artista Dominique Roze, poco antes de morir. Tenemos que ir a «La Madeleine», el cementerio de la ciudad —comentó Klaus.

El ruido de un motor sacó a los dos oficiales de sus reflexiones. Hans movió los visillos y observó cómo su coche se alejaba calle arriba. Reaccionó rápidamente, pisando entre los papeles caídos y dirigiéndose a la puerta del despacho.

—Alguien más está buscando el manuscrito y me temo que ha llegado a tu misma conclusión —comentó Hans mientras salía al pasillo.

Los dos hombres corrieron escaleras abajo, pero cuando llegaron a la calle, lo único que pudieron ver fue el cuerpo inerte de su conductor y las luces traseras del coche. Hans sacó su pistola y la disparó, pero era inútil. Tenían que conseguir un coche cuanto antes y llamar al capitán Neisser para que diera la voz de alarma.

CAPÍTULO 12

HACIA LA INMORTALIDAD

Una de las balas estalló en el cristal trasero y cientos de fragmentos cayeron sobre los soldados y la joven. El sonido de las balas sonó como fogonazos de un pueblo en fiestas, pero nadie se atrevió a asomarse a las ventanas de las casas, para ver qué ocurría. El sargento conducía a toda velocidad por las calles desiertas de Amiens sin tener muy claro hacia donde se dirigían. Arthur miró el mapa de la ciudad y le indicó que torciera a la izquierda. Al fondo de la calle vieron un puesto de control y volvieron a torcer a la izquierda.

—¿Cómo evitaremos los controles? —preguntó Agatha que estaba aplastada entre los soldados en la parte trasera.

—La única manera es saliendo por el puente viejo, por Rue Saint Leu —dijo Arthur, intentando hojear el mapa con la escasa luz de la calle.

El coche entró a toda velocidad por el puente y salió disparado por los aires, hasta aterrizar al otro lado, cayendo justo en medio de un puesto de control. Los soldados alemanes apenas tuvieron tiempo de reaccionar. El sargento apretó el acelerador y el vehículo derrapó antes de tomar velocidad y tirar la barrera. Escucharon algunos disparos, pero unos segundos más tarde habían abandonado las calles de la ciudad para entrar en un camino, hasta que vieron una verja sobre un murito de ladrillos.

—Cabo —dijo el sargento con voz cortante—, lleve a dos de sus hombres al encuentro con los miembros de la Resistencia. Tienen que venir a buscarnos dentro de veinte minutos. No creo que tarden mucho en llegar los alemanes —dijo el sargento.

—Sí señor —contestó el cabo, ocupando el lugar del sargento en el coche.

El resto abandonó el vehículo en la entrada y comenzaron a saltar la tapia, pero Agatha se enganchó con la falda. La mujer intentó liberarse, pero se escuchó un fuerte desgarrón.

—Arthur, ayuda —pidió la joven.

El sargento y el profesor ayudaron a Agatha, que tiró después del vestido dejando la falda más corta. Los hombres se quedaron por unos momentos observando las medias de sus piernas.

—¿Nunca han visto unas piernas de mujer? —refunfuñó la joven.

Los dos hombres reaccionaron y todos corrieron hasta el centro del cementerio. Estaba oscuro y tardaron unos minutos en descubrir la tumba. Una farola cercana alumbraba la figura blanca de Verne que intentaba escaparse de la lápida. Cuando se aproximaron, la tumba pareció darles la bienvenida. La figura de Julio Verne

escapaba con el brazo en alto señalando al cielo, mientras su lápida se hacía añicos.

—Parece que Julio Verne no quería estar bajo tierra —bromeó el sargento.

—*À l'immortalité et la jeunesse éternelle* —contestó Agatha.

«Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» —tradujo Arthur—, el famoso epitafio.

—Será mejor que encontremos el manuscrito —dijo el sargento apremiando a sus compañeros.

Las primeras luces comenzaban a iluminar el horizonte y la estatua parecía brillar con más fuerza. Arthur y Agatha se quedaron mirando la tumba sin saber por dónde comenzar. Examinaron cada detalle, intentaron probar algún resorte, pero no encontraban nada. Después se dirigieron a la lápida. Una sencilla construcción con un gran frontón, coronada con una sencilla cruz.

—Que tontos somos. Él lo está señalando con su mano. Ayúdeme a subir hasta la cruz —dijo Arthur.

El sargento impulsó al profesor hasta lo alto de la lápida, este se aferró a la cruz y comenzó a moverla circularmente, cuando la sacó por completo de su interior surgió un manuscrito enrollado. Arthur saltó al suelo y todos corrieron en dirección a la salida. El tenebroso bosque se había convertido en un hermoso jardín, aunque en parte cubierto por la escarcha de la fría mañana.

A lo lejos escucharon pasos y ladridos de perros. Los alemanes habían llegado al cementerio, los ingleses se escondieron tras un mausoleo y esperaron a que pasaran sus perseguidores. La media docena de soldados alemanes corrieron por el camino hasta la tumba y ellos aprovecharon para dirigirse a uno de los laterales del cementerio, volvieron a saltar el muro y se dirigieron al final del camino. No había ni rastro del cabo y los miembros de la Resistencia. Entonces vieron acercarse un camión, parecía un viejo cacharro que transportaba madera y carbón en dirección a Amiens, pero el sargento vio asomarse entre los cristales a sus hombres. Subieron al vehículo y este se puso en marcha en dirección a Calais.

Les quedaban diez horas para que el barco pesquero saliera del puerto, la ciudad estaba a dos horas y media en coche, pero tendrían que evitar los caminos principales y aquel viejo camión no parecía demasiado rápido, pensó Arthur mientras apretaba el manuscrito protegido en un fino tubo de metal entre sus brazos.

CAPÍTULO 13

LA BÚSQUEDA

Klaus no pudo contener la rabia cuando vio la cruz hueca en el suelo. Esos malditos le habían quitado su trofeo. Apretó los puños y apenas hizo caso a la imponente estatua de su admirado Julio Verne. Hans comenzó a dar órdenes a sus hombres para que registraran los alrededores de la tumba, pero los ingleses ya se encontraban seguros en su camión en dirección a Doullens, de allí partirían a Frévent, después Burbure, desde allí hasta Calais el viaje sería más directo.

Hans y Klaus regresaron a Amiens, para planificar la caza de los ladrones. Una vez en la sede de las SS estudiaron con el comandante de la guarnición y el capitán Neisser las supuestas rutas de fuga.

—Hacia el sur es imposible, se internarían más en Francia y la Francia Libre nos devuelve a todos los disidentes que entran en su jurisdicción. Lo más lógico sería que fueran por Abbeville hasta Le Crotoy o Fort-Mahon-Plage, pero saben que ese es el primer sitio que buscaríamos. También podrían ir a Dieppe, pero lo más seguro es que se dirijan a Bélgica o a algún puerto cercano a Inglaterra como Calais, Bolungne o Dunkerque —dijo el comandante mientras revisaba el mapa.

—Yo me decanto más por un puerto de la zona norte. ¿Cuál es en el que pasarían más desapercibidos? —preguntó el capitán Neisser.

—En Dunkerque o Calais, de allí salen cientos de barcos comerciales y pesqueros, el control del tráfico marítimo es mucho más problemático —dijo el comandante.

Klaus señaló con el dedo Dunkerque.

—Necesitamos un avión. Primero viajaremos aquí, después a Calais. Le pido que avise a los puertos para que extremen las medidas de precaución y también en las entradas de las principales ciudades costeras de esa zona —dijo Klaus, mientras su mirada se centraba en el mapa. Después no pudo evitar pensar en aquellos invisibles competidores que le habían robado el manuscrito. No sabían lo obstinado que podía llegar a ser, aquellos papeles eran su pasaporte a una vida tranquila y los encontraría a toda costa.

CAPÍTULO 14

CERCA DE CALAIS

Cuando entraron en Lumbres apenas les quedaban dos horas para tomar su barco. La noche había llegado trayendo lluvia y más frío. El motor del camión comenzaba a calentarse peligrosamente y ellos tenían la sensación de que aunque llegaran hasta Calais, sería imposible entrar en la ciudad. Su plan de huida estaba condicionado a la discreción, pero ahora medio ejército alemán les buscaba por todo el norte de Francia y les estarían esperando especialmente en los puertos del país.

—La mejor manera de entrar en la ciudad es que el último tramo lo hagan en bicicleta, en grupos reducidos, para encontrarse poco después en el puerto, justo antes de embarcar —dijo el conductor francés de la Resistencia.

—Nos estarán esperando —comentó el sargento.

—Pero al menos no vigilarán a un par de novios, dos amigos y otros tres hombres que llegan en bicicleta —dijo el francés.

El sargento sopesó el plan antes de dar su opinión, si se dispersaban era más sencillo que algunos de ellos lograran escapar, pero Agatha y Arthur no tenían experiencia y caerían rápidamente en manos de los soldados alemanes.

—Yo iré con ustedes, les seguiré de cerca. El resto estarán al mando del cabo —comentó el sargento.

—Me parece una buena idea —dijo Arthur.

Agatha se apoyó en el hombro de su amigo. La cercanía de la muerte le había hecho replantearse muchas cosas, pero ahora se sentía más confundida que nunca. Arthur miró de reojo a la joven, sentirla contra su cuerpo era el mejor premio de aquel viaje. No le importaba morir junto a ella, después de meses de apatía, había recuperado la ilusión perdida. Poco le importaba encontrarse en mitad de las líneas enemigas, escapando hacía Inglaterra, mientras las SS les pisaban los talones. Lo más importante era sentirse vivo y aquella aventura le había despertado de su largo letargo.

CAPÍTULO 15

EL PUERTO

La ciudad de Calais parecía hervir de actividad. A diferencia de Amiens, las calles estaban repletas de franceses, soldados alemanes y marineros, que imprimían a la ciudad una actividad frenética. Para ellos era mucho mejor pasar desapercibidos entre aquella multitud. Antes de llegar al puerto tuvieron que atravesar varios controles. El grupo del sargento pasó sin problemas todas las inspecciones, gracias a su perfecto francés, a que no tenían una descripción detallada de ellos, ya que no sabían cuántos eran, ni si les acompañaban una o varias mujeres. El grupo del cabo llegó unos minutos después al último control. Todos los soldados estaban algo nerviosos, aunque no era su primera misión en Francia y sabían lo que tenían que hacer, los soldados con las ametralladoras y los perros les imponían respeto. Los soldados pasaron primero y el cabo entregó los papeles cuando sus hombres ya se habían alejado algunos pasos.

Klaus, Hans y el capitán Neisser acababan de llegar de Dunkerque, no habían encontrado nada. Calais parecía mucho más propicio para una huida, pero los dos oficiales sabían que aquello era como buscar una aguja en un pajar. Miles de personas pasaban cada día por el puerto. Estaban a punto de regresar a su vehículo, cuando de repente la suerte les sonrió. Uno de los guardas que los ladrones habían abatido, señaló con el dedo a un hombre rubio, de ojos grises y que llevaba un abrigo marrón oscuro. Hans se acercó al hombre y sacó su pistola.

—Se parece al abrigo del hombre que nos asaltó, únicamente pude verlo unos segundos, pero creo que es él —dijo el soldado.

Hans sacó al hombre de la fila, este levantó las manos, pero Klaus vio como hacía una señal. Tres hombres a lo lejos aceleraron el paso.

—¡Son ellos! —gritó Klaus.

Los ingleses comenzaron a correr, el cabo intentó escapar, pero Hans le pegó un tiro en la cabeza.

—No los maten, tienen que contarnos lo que saben —ordenó Klaus.

Corrieron por las estrechas calles del puerto detrás de los fugitivos. En el cruce de una calle, dos corrieron a la derecha y otro por la izquierda. Hans, el capitán Neisser y el resto de los soldados alemanes siguieron a los dos fugitivos, pero Klaus siguió al otro hombre.

Agatha, Arthur y el sargento escucharon los disparos a lo lejos y vieron a unos hombres correr. Intentaron mantener la calma y llegar al barco, sin ser descubiertos. Cuando contemplaron el pequeño pesquero llamado «Concorde» dieron un suspiro de

alivio. El barco pintado de blanco y azul parecía un viejo cascarón inservible, pero era su única esperanza de salir vivos de allí.

Se aproximaron al barco y con un silbido llamaron a los tripulantes. Un viejo y barbudo capitán se asomó por la borda. Una densa niebla comenzaba a cubrir el puerto, pero su barba gris y el sucio traje blanco, brillaron bajo la luz de su candil de aceite.

—Suban lo más rápido que puedan. Zarparemos de inmediato —dijo el capitán.

—Pero, faltan más hombres —dijo Agatha.

—No podemos esperar ni un minuto más. Los alemanes están registrando todos los navíos —dijo el capitán.

Comenzaron a subir al barco, cuando escucharon una voz a su espalda. Uno de los soldados corría hacia ellos. El sargento se detuvo y corrió hasta el soldado, sacó su arma y disparó, errando el tiro.

Klaus se agachó en el último momento, pero logró abatir al hombre que venía hacia él corriendo, después apuntó a los dos fugitivos que se habían puesto a cubierto en medio de la confusión, pero estaban demasiado lejos. Cuando se levantó del suelo, vio el barco y a dos figuras que subían a bordo. Corrió lo más rápido que pudo y les alcanzó justo cuando la mujer ponía un pie en la borda, tiró de ella y logró derribarla. Arthur agarró a la mujer de un brazo, pero Klaus seguía tirando de una pierna, cuando el barco comenzó a separarse del muelle.

—Dame el manuscrito o la chica no subiré a ese barco —dijo Klaus, mientras tiraba con todas sus fuerzas.

Arthur observó el rostro horrorizado de la joven, intentó tirar más fuerte, pero la pasarela estaba en el borde del muelle y la chica caería a las heladas aguas del puerto si no hacía algo. Con una mano tomó el tubo metálico y lo levantó en alto.

—Suéltala primero —dijo Arthur.

—No, dámelo tu primero —dijo Klaus.

Arthur lanzó el tubo sobre sus cabezas y el sonido metálico retumbó sobre el suelo empedrado. Klaus dudó unos instantes, miró a los ojos de su oponente y con un gesto de rabia soltó a la chica. Agatha cayó dentro de la cubierta, Arthur lanzó la pasarela al mar y el barco se alejó un palmo más del puerto. Cuando Klaus cogió el manuscrito con sus manos, se giró y apuntó a las dos figuras que se movían en la cubierta. Dudó unos instantes, pero cuando comenzó a disparar, la niebla ya había devorado al barco y la nada ocupaba su lugar.

—Nos volveremos a ver —masculló el oficial, mientras se guardaba el manuscrito bajo su abrigo de cuero negro.

Klaus caminó bajo la densa niebla como una sombra fantasmagórica, mientras sus hombres abatían a los otros ladrones. El proceso se había completado. El profesor alemán como en el Fausto de Goethe, había vendido su alma al Diablo, un Mefistófeles vestido con el impecable uniforme de las SS, llamado Heinrich Luitpold Himmler.



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] Volkserzählung, Märchen und Sagenkunde. Instituto de la Ahnenerbe centrado en cuentos populares, cuentos de hadas y mitos. <<